

para desmentirla se funda además en unos apuntes escritos por el Sr. General D. Refugio I. González, hijo de D. Santiago, el insurgente compañero de Mina en aquel sitio, quien como testigo presencial niega la afirmación de esos escritos.

En la madrugada del día 5 Liñán dió un terrible asalto sin conseguir llegar siquiera á los parapetos, pues tuvo que retroceder dejando muchísimos muertos y entre ellos el comandante del batallón de Zaragoza D. Gobriel Rivas, "Mina se condujo con su acostumbrada bizarría, Alamán, peleando á cuerpo descubierto con una lanza en la mano y recibió una pequeña herida."

Durante cuatro días enteros no probaron el agua los habitantes del Sombrero, hasta que por fortuna llovió el 6, con lo cual se mitigó su mayor pena.

El día 8 hizo una salida el héroe español quitándole á Negrete un reducto que á su vez tuvo también que abandonar por falta de apoyo oportuno, y como el padre Torres no había enviado ningun socorro Mina, se resolvió á salir en esa misma noche, para ir él personalmente á traer refuerzos, y así lo hizo en unión de Ortiz y de Borja con una partida de caballería.

El distinguido y correcto historiador D. Julio Zárate opina fundadamente que "en esa comunicación oficial, (la en que avisó su salida á la Junta de Gobierno,) nada dice el general respecto del jefe que quedó mandando en el Sombrero, pero permaneciendo allí el Mariscal de Campo Moreno, creemos enteramente arbitraria la afirmación de Robinson y de Alamán, que lo sigue en esta parte, al decir que el coronel Young quedó con el mando de las armas."

Alejáronse otra vez las nubes y volvió la sed á atormentar á los patriotas, que se vieron también reducidos á pequeñísimas raciones de alimentos, porque todo faltaba ya en el Fuerte. En vano su antiguo jefe quiso tres veces introducir un convoy, pues una fué derrotado por Rafols en los Sauces á cuatro leguas de Silao y dos ya en las inmediaciones del Sombrero.

Liñán que conocía la apremiante situación de los sitiados dió el día 15 un memorable asalto en el cual tuvo que reconocer que por la fuerza no sería nunca dueño de aquellas encumbradas posiciones: 35 oficiales y más de 400 soldados muertos fueron las pérdidas de los asaltantes, mientras los defensores contaron poquíssimos muertos, si bien en cambio registraron entre ellos

al Coronel Young á quien una de las últimas balas de cañón le llevó la cabeza, después de terminada ya la batalla. Era aquel extranjero un militar inteligente y valeroso que había tomado parte en las guerras de su patria, los Estados-Unidos, donde había llegado á teniente coronel del 29 regimiento, y que contaba con el respeto y la estimación de todas las tropas. Había querido dos días antes proponer una capitulación, convencido de que era imposible continuar la defensa, y como algunos insurgentes extraviados por su deseo de mantener sus posiciones, le dijeron que los mexicanos se defenderían solos sin ayuda de extranjeros, él picado en su amor propio, contestó jurando que lo verían morir en aquella fortaleza.

Siguió por tanto la heroica defensa, pero aquel puñado de valientes, sin alimentos, sin agua desde hacía muchos días, en unas fortificaciones llenas de brechas y dominadas por el cerro de las Tablas, casi sin municiones y perseguido por la peste de los cadáveres insepultos no podía continuar en aquel punto.

Lograron varias personas y miembros de la familia de Moreno, evadirse, pues refiere el Dr. Rivera en la página 44 de su "Viaje á las Ruinas

del Fuerte del Sombrero," escrito con tanta buena fé como sentimiento y patriotismo, que "en la barranca del Rincón había un lugar que permitía un descenso en línea recta. A la media noche se ponía una persona en pié sobre una peña, atada de la cintura con la extremidad de una soga, y era descolgada por medio de varias sogas y recibida abajo por un indio. Este se había subido antes como los gatos por las peñas, y había recibido la suma correspondiente á las personas que iba á extraer, á razón de veinticinco pesos cada una. Cuando ya habían sido descolgadas dichas personas, el indio se ataba á la cintura un cordel, los fugitivos se asían de este para no extraviarse, y comenzaban á andar con el menor ruido que podían, por las veredas conocidas bien por el conductor. Cuando el indio sentía algún ruido cerca de él, ó por su caliente imaginación creía sentirlo, se echaba en la tierra, y todos se echaban también, hasta que no se veía nada. Así caminaban hasta que se pusieron muy lejos del anillo sitiador, en donde se despedía el indio y cada uno se iba por donde le parecía."

En vano después de tanto martirio, se intentó una capitulación, pues el Mariscal realista se

negó enteramente, así es que la noche del 29 de agosto fué la designada para abandonar el Fuerte, siendo D. Pedro Moreno el mismo que lo había señalado para defenderse y quien por más de dos años se había servido de aquel asilo.

“Fué preciso resolverse á salir, dice Alamán, y para ello se clavaron los cañones, se inutilizaron las armas y municiones que no se podían sacar, y se enterró el poco dinero que quedaba. A las once de la noche del 19 se dió la orden de marcha: los heridos y enfermos que quedaban abandonados y estaban seguros de la suerte terrible que les esperaba, pedían á gritos á sus compañeros que les quitasen la vida, ó se tapaban el rostro con las manos para no verlos partir. Apenas la columna había comenzado á bajar la barranca, cuando por la indiscreción de haber dejado que se adelantasen las mujeres y los muchachos, fué descubierta por los realistas comunicándose la alarma á todo el campo en un instante, por las señas que dieron los cohetes de luz como estaba prevenido. El fuego que se rompió en la obscuridad, los gritos de las mujeres y de los niños; los lamentos de los heridos, la confusión que se introdujo tratando unos de volver al fuerte, otros de pasar al otro lado de

la barranca, formaban una escena de horror difícil de describir. Los que lograron salir dispersos en un país que no conocían, fueron en la mañana siguiente alcanzados por la caballería de Bustamante y de Villaseñor y perecieron casi todos, no llegando á cincuenta los que escaparon á favor de la espesa niebla que había, y entre ellos Moreno y Bradburn: los que volvieron al fuerte, aunque intentaron defenderse, no encontraron medios con que hacerlo, habiéndolos destruido ellos mismos antes de salir. Luego que la niebla se disipó en la mañana del día 20, Liñán ocupó el fuerte con las compañías de cazadores de Zaragoza y Navarra: los fugitivos que habían vuelto á él trataron de reunirse y aun dispararon algunos tiros, pero toda oposición era ya inútil: Sebastian González (debe decir Santiago, padre del General D. Refugio I. González) las mujeres é hijos de éste, y de Moreno cayeron en poder del vencedor; los heridos y enfermos que estaban en el hospital fueron inmediatamente pasados por las armas; los demás prisioneros con 150 operarios que Revuelta mandó de Lagos, se emplearon en los días 20, 21 y 22 en destruir las fortificaciones, y cuando hubieron concluido esta operación, fueron

también fusilados todos los primeros en número de más de 200, sin perdonar mas que á las mujeres y á los muchachos; igual suerte tuvo el que descubrió donde estaba el dinero que tomó en su mayor parte el coronel de Navarra Ruiz.”

Ante aquella espantosa carnicería, no puedo menos que repetir las palabras del Sr. Orozco y Berra, que expresan la más respetable sanción del derecho, el juicio póstumo que premia ó castiga según se debe, y del cual ningún tirano ni poderoso puede librarse. “Dios pedirá cuenta á los guerreros de la sangre que vierten en el calor de las batallas; los hombres que las creen inevitables, olvidan á los muertos y admiten la guerra, sin asombrarse, con todos sus horrores y desastres; pero la muerte dada á sangre fría, la muerte sin provecho, la sangre que se derrama después de la victoria, de enemigos inermes é inofensivos, repugna á los sentimientos generosos, y mancha la reputación de los soldados.”

Moreno logró salvarse precipitándose á una barranca donde estuvo tres días solo, casi sin comer, y habiéndose enfermado gravemente de disentería, cayó en tal debilidad que no pudo ya andar, y auxiliado por un vaquero que acertó

á pasar por donde él estaba, fué llevado al rancho del Chamuscado, en donde permaneció curándose hasta mediados de septiembre, en que ya restablecido, volvió á la gloriosa campaña en unión de su hermano D. Pascual, D. Manuel Gonzalez, D. Manuel Orozco y D. Mariano Zermelo, y al frente de unos cuantos rancheros, sus antiguos criados y soldados, dirigiéndose otra vez á la Sierra de Comanja.

Entre tanto su virtuosísima y amante esposa, la Sra. D. Rita Pérez, había esperado su suerte en su casa de la fortaleza del Sombrero en unión de sus cuatro hijos, Josefa de diez años, Luisa, Severiano de dos y medio y Pudenciana de uno y un mes, oyendo espantada pero resignada, las victoriosas trompetas y las homicidas detonaciones de las tropas enemigas que llegaban. Fué entonces puesta presa en un jacal y de allí conducida á pié y entre filas con sus hijitos en brazos, á León, donde estuvo en la cárcel pública en una horrible mazmorra en que aun de día necesitaba para poder ver, de la luz artificial. De allí fué llevada por las nobles instancias del capitán realista Pozos y de otras personas caritativas, á Silao, donde estuvo arrestada con más consideraciones, hasta 1819 en que se la puso libre, y

donde al siguiente día de llegada vió morir á su hija Pudenciana y abortó poco después.

Cuando recobró su libertad aquella mártir, regresó á su pueblo natal, donde murió á la edad de 82 años cargada de recuerdos y de pesares.

El constante Moreno á los muy pocos días de restablecido cuando iba á la hacienda de Sta. Ana cerca de Silao á enviarle á su esposa sus cartas por conducto del capellán, cartas llenas de fortaleza y de resignación se encontró el 29 de septiembre con su antiguo camarada el indomable Mina.

Con razón el Sr. Rivera alaba la energía de Moreno. "El héroe, dice, se hallaba en unas circunstancias que hubieran producido la desesperación de cualquiera alma de otro temple. Veía el Fuerte del Sombrero por tierra; el Fuerte de los Remedios en vísperas de correr la misma suerte; el ejército independiente desmoralizado, el país sin remedio, su esposa y sus hijos en la prisión, su larga y trabajosa campaña sin éxito, y su muerte cierta. ¿Se echará pues, sobre su espada como Catón en Utica y como Terán en Soto la Marina? De ninguna manera. Volvamos á escuchar las palabras de su primera carta (á su esposa): "Un fondo de sufrimien-

to y de conformidad vale un mayorazgo. Armate de tan fuerte escudo y todo será para tí llevadero." Estas palabras indican que el ánimo de Moreno en la adversidad era semejante á las rocas del Sombrero, y que no sólo tenía fortaleza para sí, sino también de sobra para fortalecer á otros. Más grande me parece Napoleón I en Sta. Elena que en Austerlitz, y más grande Morelos en la Inquisición de México, que sobre los muros de Cuautla, y Moreno en su vida de fugitivo que en la cima del Sombrero. Sin embargo, alguna vez se le vió llorar por la prisión y separación de su amadísima esposa."

Pocos conceptos entre los muchísimos profundos del gran conquistador del siglo, pueden estimarse tan bellos á este respecto, como estos, circulados con motivo del suicidio de un oficial: "Hágase saber, decía la orden del día, que no es más valiente el soldado que presenta el pecho á una batería de metralla, que el que soporta con constancia los dolores de la vida." Cumplía nuestro héroe con estos áridos deberes de sobreponearse á la desgracia, después de haberse presentado cien veces á las baterías enemigas!

El Mariscal Liñán entre tanto, se había diri-

jido con todas sus tropas á atacar al Fuerte de los Remedios en el cerro de San Gregorio á corta distancia de Pénjamo, donde se hallaba fortificado el Padre Torres, en unión del Gral D. Manuel Muñiz, el Coronel D. José María Novoa, D. Cruz Arroyo, D. Juan Davis Bradburn, los capitanes Crocker, Ramsay y Wolfe, el Dr. Hennesey y otros antiguos insurgentes y compañeros de Mina, con cerca de 1500 soldados indisciplinados en su mayor parte.

Empleando tantas veces el calificativo de *insurgentes*, debo decir que según el Dr. Guerra en su Historia de la Revolución, los franceses fueron quienes pusieron en boga este término para designar á las naciones que resisten á la usurpación, y en su concepto, con justicia, porque se deriva del verbo latino *insurgo* que significa *levantarse el que está caído, ponerse derecho*, así es que viene á ser realmente un título de honor. Pero nadie ha expresado esta verdad en términos más propios y tiernos, que el inspirado vate Juan de Dios Peza en estos lindísimos versos, joya de nuestra literatura:

“Entiendes lo que digo? aquellos bravos
Que sin medir peligros, duelos, penas,

Les dieron libertad á los esclavos,
Rompiendo al oprimido sus cadenas,
Aquellos hombres cuyo arrojo fiero
Todo lo grande y lo sublime entraña;
Sin títulos, ni honores, ni dinero;
Sin más cuartel que el llano y la montaña,
Que siempre estaban en constante guerra
Sufriendo los rigores de la suerte,
Sin esperar mas premios en la tierra
Que eterna cárcel ó afrentosa muerte.
Con una manga tosca por abrigo,
Con un nombre sin mancha por herencia,
Con un caballo por mejor amigo
Y por única fé: la independencia,
Esos que tantos hechos ignorados
Nos dejan para asombro de las gentes,
Fueron del pueblo libre los soldados
Y son los que se llaman *insurgentes*.”

Empezaron las operaciones el 31 del mismo agosto y Mina que habia estado allí dirigiendo algunos trabajos de fortificación y defensa, al presentarse los realistas se salió con el fin de hostilizar por la retaguardia á los sitiadores llevando una partida de cerca de 900 de caballería. El día 30 se encontró en la hacienda de la Tla-

chiquera al valiente Encarnación Ortiz con noventa hombres que eran los únicos que habían logrado escapar de las horribles matanzas del Sombrero. Saludáronse con el entusiasmo á la vez que con la tristeza propia de las circunstancias y siguieron unidos sus operaciones, siendo seguidos de cerca por una brigada de 850 dragones al mando del Teniente Coronel D. Francisco Orrantía, en la cual figuraba como jefe de una sección, el entonces implacable D. Anastasio Bustamante. Atacaron los insurgentes al día siguiente de reunidos la hacienda del Bizcocho en donde una corta partida se defendió en la iglesia, sin haber querido rendirse, la cual fué hecha prisionera y fusilados 31 de los que la formaban. Primero y único acto de represalia cometido por Mina, bajo la impresión terrible de lo que acababan de referirle los derrotados del Sombrero! De allí marchó sobre S. Miguel el Grande donde el 11 de octubre encontró una defensa por parte del Teniente coronel D. Ignacio Corral que dejó sin efecto su propósito de apoderarse de la población.

Volvió entonces aquel incansable caudillo á acercarse al cerro de S. Gregorio, uniéndose como queda dicho con el valeroso Moreno. Juntos

recorrieron el campamento español privándolo de víveres y de recursos hasta el grado de que Liñán llegó á sentir la escasez de ellos, por lo que relevó al Coronel Andrade que estaba encargado de perseguirlos dándole el mando en jefe al activo Orrantía. El 10 de octubre los encontró este en la hacienda de la Caja á tres leguas de Irapuato, trabándose allí un reñido combate en el cual no pudo prevalecer el valor sobre la indisciplina de los soldados insurgentes, que cuanto tenían de patriotas contaban de reclutas. Las pocas aptitudes de los rancheros del Bajío para la milicia, y el traje de gamuza, que usaban llamado *cueras*, habían hecho que aquel caudillo, desesperado de que sus esfuerzos se estrellaran ante la rudeza de su gente, escribiese á un amigo diciéndole: "Amigo Horbe-gozo! A estos de las levitas de cuero, nadie les hará nunca soldados." Disolvió Mina su partida por tal motivo, encargando á Moreno que volviera á reunirlos en la misma hacienda, mientras él iba á Jaujilla á conferenciar con la Junta del Gobierno, como lo hizo habiendo llegado el día 12 y sido recibido con mil muestras de merecida distinción.

Cumplió el ilustre lagüeño con aquella comi-

sión y después de reunirse de nuevo los dos compañeros de destino, atacaron la ciudad de Guanajuato el día 26.

Desde que Mina se hallaba sitiado en el Sombrero había deseado que el Padre Torres llamase la atención de los sitiadores atacando á Guanajuato, lo que no llegó á efectuar por timidez, apatía ó conciencia de su debilidad para acometer empresa semejante; así es que cuando en los días que corrían, volvían á estar las cosas en idénticas circunstancias, por más que se llamara Fuerte de los Remedios y no del Sombrero, empeñóse en realizar su idea.

Se asegura que la Junta de Jaujilla no había aprobado aquel plan, considerando lo necesario que son la organización y disciplina militar para llevar á cabo un asalto, aconsejando al insurgente Navarro que mejor se retirase á las montañas de Michoacán, donde no sería perseguido, para que allí pudiese levantar y organizar sus tropas para que pudiese después obrar mejor.

Mina sin embargo llevado por su buen deseo de librar á los Remedios de un desastre próximo y en alas de su temeridad, asaltó sin éxito con su mala caballería esa importante ciudad defendida por el Teniente coronel D. Apolonio Linares. El

resultado de aquella tentativa lo consignó en el parte que rindió al Gobierno independiente, último documento que escribió y que fué dado á luz por las prensas insurgentes el cual dice así: Exmo. Señor. Desde la una de la noche de este día hasta las cuatro de la mañana, atacé la Plaza de Guanajuato: logré tomar una trinchera, y aprisionar toda su guarnición; penetré hasta la plaza mayor y á causa de no haber encontrado pronto hachas ó barras para quitar una puerta y que penetrase la Caballería con intrepidez, á todo alcance sobre los enemigos, pudieron éstos parapetarse en el principal á donde se replegaron otras guardias, desamparando sus trincheras, conociendo yo que no podía tomar alguno de los cuarteles, me retiré habiendo perdido en la acción treinta hombres entre muertos y heridos: la pérdida del Enemigo, sin duda fué mucho más numerosa.—Ataqué al mismo tiempo con otras partidas los puntos de las minas de Valenciana y Mellado. En el primero se consiguió replegar toda la guarnición á la Iglesia, é incendiar el tiro general, y otra hacienda. Con esta fecha he publicado un Bando, en que prevengo, bajo pena de la vida, á todos los Comandantes de las inmediaciones de Guanajuato: que lo hos-

tilizen en el grado que tres leguas en circunferencia no quede un viviente: que interrumpen toda clase de víveres: que pasen por las armas á los contraventores, y á todos los que salgan de aquella rebelde Plaza.—Salud y libertad.—Cuartel General en la Mina de la Luz.—Exmo. Sr.—Xavier Mina.—Exmo. Sr. Presidente y Vocales del Gobierno Mexicano.”

Cuenta Arrangoiz siguiendo á Robinson y á Alámán que “al paso por la mina de Valenciana pegó fuego F. Ortiz al tiro general. Mina llevó á mal este atentado y habiendo vuelto á la mina de la Luz despechado por la cobardía de su gente, dijo á los oficiales que eran indignos de que un hombre de honor abrazase su causa, pues si hubieran cumplido con su deber, los soldados hubieran hecho el suyo y serían dueños de Guanajuato. En seguida mandó que se fuesen á sus respectivos distritos, previniéndoles que no dejasen entrar víveres al campo de Liñan ni á Guanajuato; habiéndolos despedido se quedó con cuarenta infantes y veinte caballos: pasó la noche á corta distancia y en la mañana del 26 llegó al rancho del Venadito que hacía parte de la hacienda de la Tlachiquera.” (tom. 1.º pag. 365).

Nada es sin embargo mas falso que la primera parte de semejante narración, como lo justifica el mismo documento oficial escrito por Mina á las doce de aquel mismo día, y que acaba de leerse. No se incendió el tiro de la Valenciana *al paso* de Ortiz por ella, de una manera tan innecesaria como punible, como podría creerse en vista de las palabras de Arrangoiz, ni tampoco mereció aquel hecho la censura del general; pues este afirma que en aquel lugar se hicieron fuertes los realistas, habiendo conseguido “replegar toda la guarnición á la iglesia” para lo cual fué preciso, ó por lo menos conveniente como medida de guerra, prenderle fuego al tiro del mineral. Por lo mismo que fué medida conveniente y á la que se debió que los realistas se replegaran á la iglesia, no fué llevada á mal por aquel general, supuesto que si así hubiera sido no diría en su parte oficial aprobando explícitamente ese hecho: “se consiguió replegar toda la guarnición á la iglesia é incendiar el tiro general y otra hacienda.”

Orrantia perseguía con encarnizamiento á Mina y á sus ilustres compañeros D. Pedro y su hermano D. Pascual, D. Manuel Gonzalez, D. Manuel Orozco y D. Mariano Zermeño, así es que

el mismo día 29 que salían estos de Puruándiro, entraba aquel y siguiéndole de cerca perdió sus huellas cerca de Irapuato; pero habiendo llegado á Silao el día 26, supo allí que aquella noche debía quedarse la partida rebelde en el Venadito como era verdad. Semejante noticia la recibió del Comandante D. Mariano Reinoso que era jefe de Silao, á quien le fué comunicada por un tal Clagoya, dueño de un rancho inmediato.

Vuelve á estar inexacta en este punto la historia de Robinson que asegura fué un eclesiástico el que participó semejante noticia.

Los dos patriotas mariscales cuando llegaron al Venadito, considerándose seguros, por vez primera en muchos días mandaron desensillar los caballos, se quitaron sus uniformes militares y se entregaron al sueño, buscando un pasajero descanso de que mucho necesitaban por su fatigosa marcha de tantos días consecutivos, y que bien pronto habría de trocarse para ellos en descanso eterno!

El jefe realista salió de Silao á las diez de la noche y cuando á la madrugada del infausto 27 de octubre de 1817, se encontraba ya en las cercanías del rancho, lanzó á toda brida 120 dragones del Regimiento de Frontera para que hicie-

sen imposible la fuga de los perseguidos. Dormían en diferentes trojes D. Javier Mina y D. Pedro Moreno, pues sólo D. Pascual con otros oficiales de menos graduación se instalaron en un bosque inmediato, en donde se hallaban cuando despertaron al estruendo de las armas y de los caballos. Al punto tomando D. Pedro su espada huyó en paños menores acompañado de su asistente, llamado Mauricio, y aunque logró esconderse entre unas peñas, mandó á su criado á instancias suyas por los caballos con la esperanza de más fácilmente ponerse á salvo, y este traidor que fué aprehendido, denunció á su jefe apremiado por la amenaza que le hicieron de darle muerte.

Trataron entonces de aprehenderlo acometiéndolo en tropel por todas partes; pero él sin contar el número de sus agresores esgrimió su espada, tratando más de morir honrosamente que de buscar una salvación imposible. Recibió varias heridas sin deponer por eso su altiva entereza, y habiendo caído por un balazo que en la cabeza le dieran, se la cortaron al instante llevándola en trofeo al coronel realista, quien la remitió clavada en una lanza á D. Pedro Celestino Negrete que á la sazón ocupaba á Silao. De

allí la llevaron á Lagos, donde el coronel D. Hermenegildo Revuelta la hizo clavar en una asta en la orilla donde empieza el camino al pueblo inmediato de Buenavista. Por espacio de cerca de tres meses vió Lagos aquel sangriento trofeo de la tiranía, hasta que aprovechando D. Pedro Moreno Guerrero, el alborozo en que entró la población al pasar de Obispo para Sonora D. Fr. Bernardo del Espíritu Santo, la quitó ocultamente y la dió sepultura en la iglesia de la Merced, en el crucero del Evangelio.

Así murió aquel denodado guerrero que con tanto valor supo agregar el sacrificio de su vida al largo catálogo de sus servicios á la patria!

Mina menos afortunado que él, sorprendido y sin armas, fué hecho prisionero desde luego por el dragón José Miguel Cervantes y conducido á presencia de Orrantia para sufrir el ultraje de que lo regañara como á un niño y le diera después dos cintarazos con su espada, porque contestó con dignidad á sus impertinentes amonestaciones. Algo habría dado el villano realista por no ejecutar acción tan pechera, porque recibió de los labios de su víctima reprensión tan justa y severa, que llegará á la posteridad y ha sido por lo mismo el mejor castigo que hubiera podido

imponerle el tribunal más adicto á la causa insurgente. "Siento haber caído prisionero, contestó Mina con hidalguía, pero este infortunio me es mucho más amargo por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español, ni el caracter de soldado."

Después fué conducido preso al campamento de Liñán, quien lo hizo fusilar á las cuatro de la tarde del día 11 de noviembre del mismo año, en el cerro del Bellaco, en presencia de los defensores del de S. Gregorio, fortaleza de que se apoderó al fin en la noche el día primero de enero del siguiente año, dando rienda suelta á su carácter sanguinario, pues quemó los hospitales con todos los infelices heridos que allí estaban asilados y alanceó á los fugitivos y fusiló á más de doscientos prisioneros.

Ante tan variados y repetidos hechos de barbarie, resaltan y reverdecen los laureles recogidos á costa de magnanimidad por Alejandro, el generoso vencedor de Dario, por Scipión el dueño de Cartagena y libertador de la desposada de Allucio, y todavía se escuchan cual suave música que encanta el corazón y deleita el oído, aquellas palabras con que Cesar desarmaba el furor de sus belicosos soldados en los momentos

mismos en que los campos de Farsalia lo proclamaban vencedor de Pompeyo y árbitro del mundo: "Piedad, piedad para los ciudadanos romanos."

D. Pascual Moreno y sus compañeros huyeron al ruido de la sorpresa, y cuando después de aquel horrendo desastre, volvieron al Venadito por la noche, dieron humilde sepultura al cuerpo mutilado de D. Pedro, regándolo con las lágrimas silenciosas que brotaban de todos aquellos ojos, que tan acostumbrados estaban á mirarlo con respeto. Aquel mártir de la independencia mexicana, era de alta estatura, robusto, casi obeso, de color blanco, de ojos grandes y negros, barba espesa y cabello castaño oscuro, de movimientos graves y de finos modales. Se le llamaba por sus amigos *el toro*, apodo de colegio que le convenía por su fuerza, gordura y valentía, mostrando en su conversación siempre seria y reposada, un talento no vulgar, patriotismo exagerado, si así pudiera haberlo, y un extenso fondo moral.

Por su parte "nadie nació con mejores disposiciones que Mina para llevar á cabo el loable empeño de propagar los beneficios de la libertad entre los hombres. Su talla era de cinco

piés siete pulgadas, y aunque no corpulento, era bien formado. Su estatura física tenía todas las cualidades para la vida activa. Tenía grandes prendas morales y valor personal en grado eminente. Sereno á la hora del peligro, siempre estaba dispuesto á aprovecharse de todas las ocasiones favorables que le presentasen las vicisitudes de los sucesos. Cuando estaba á la cabeza de las tropas, las inspiraba su arrojo. Era en extremo frugal y no le hacían impresión las mas duras privaciones. Su cama se componía por lo común de su capa y de la silla de su caballo. Aun en la mayor intemperie y pudiendo tener alojamientos cómodos, pasaba la noche en medio del campo con sus soldados. Era afable, generoso, sencillo, humano y moderado, y unía á todas las dotes del militar, los modales del hombre civilizado."

La expedición de Mina á la que está en su mayor parte unido el nombre del ilustre jalisciense, fué un rayo que recorrió el pais despertando el espíritu revolucionario é iluminando el cielo de la esperanza, formando en la historia de México un episodio corto, pero el mas glorioso de su independencia.

Liñán regresó á México en enero de 1818 sien-

do recibido por los realistas con las mayores muestras de aprecio. Sus crueldades y sus triunfos fueron premiados con la gran cruz de la Orden de Isabel la Católica, que no sin fundamento se la denominaba de *mata indios*, según queda dicho en otra parte; á D. Anastasio Bustamante se le ascendió á Coronel, así como á otros oficiales; D. Pedro C. Negrete fué nombrado comendador de aquella orden, y á Orrantía y á Cervantes se les agració con la cruz de S. Fernando. El virrey obtuvo en premio un título nobiliario, siendo en lo sucesivo *Conde del Venadito*, á pesar de haber suplicado se le cambiara el nombre por parecerle ridículo, aunque sin haberlo renunciado cuando no se accedió á sus deseos, como lo hizo el Gral. inglés Lord Graham á quien las Cortes de España le dieron con tan poco talento que mas parecía mofa que premio, el título de *Duque de la Cabeza del Puerco* por el nombre del lugar que ocupó en la famosa batalla de Chiclana, dada por el Mariscal Víctor contra las tropas que sitiaban á Cádiz en 1811.

A pesar de tanta sangre derramada y de aquellos lastimosos triunfos realistas, de semejantes desgracias y del consiguiente terror, el mismo *Venadito*, como burlescamente llamaban á Apodaca

después de su nobleza, fué depuesto muy pocos años mas tarde, cuando se le juzgó incapáz de asegurar el triunfo de aquella mala causa que habían revestido á porfía con tanta pompa y oropel, y presenció el triunfo de la independencia, porque ante la justicia y el derecho sucumben siempre los tiranos.

Llegado el día feliz de nuestra emancipación, el Congreso Nacional declaró *Benemérito de la Patria en grado heroico*, entre otros ilustres ciudadanos, á D. PEDRO MORENO.

La ciudad que pudiera llamarse natal de aquel valiente, tomó su nombre siendo por *Lagos de Moreno* conocida en la República, y en el Salón de sesiones del Congreso de Jalisco escrito con caracteres de oro, se lee *Pedro Moreno*. El Estado que fué su cuna levanta en en estos mismos momentos en el paseo de la Reforma en México, la primera estatua que ha de popularizar sus grandes hechos.

La gloria póstuma ha venido así á reflejarse justamente sobre tan distinguido jalisciense, que supo enseñarnos con cuanta verdad asienta Homero que

Es dulce morir por la patria.

Pulchrum mori.